

Impaciencia

III

A Jesús yo lo idolatro
 ante Él sólo me postro
 bajo su amparo me acojo
 cabe su manto descanso.
 Con su nombre me levanto
 contra su imperio no puedo
 de bondad está forrado
 desde el principio del mundo.
 En Belén nació de pronto
 entre paja y poco obsequio
 hacia el cielo ya apuntaba
 hasta que sufrió el martirio,
 para vencer al demonio y
 por borrar nuestras culpas
 según dicen evangelios.
 Sin medida yo lo amo
 so pena cobró triunfo
 sobre todo yo lo amo
 tras Su amor quiero partir.

Desasosiego

Sonaron las campanas! Poco a poco el templo se llenó. El sacerdote inició la misa y su ayudante le acompañó con el nombre del difunto. Lo leyó en un segundo y pronto los dos se bañaron su frente. La seccó minuciosamente y trató de traer la calma. Hubiera querido no estar ahí; cogera a burlarse de eso que una vez amó; pero no podía; los demás no podían conocer su pasado, a pesar de que él conocía el de todos. Sé profesionalmente. Sólo su ayudante percibió el temblor de sus labios y el cambio de su voz. Rogó a Dios terminar pronto y cuando se partía, no pudo resistir la tentación de mirar aquél rostro tan conocido que creía olvidado; al acercarse, el estupor lo envolvió. El pasado oscurecía su presente. Se sintió tonto, perdió la mirada de María, mas no la encontró porque ella estaba cabizbaja. Levantó el rostro húmedo y el silencio de Dios dio consuelo; a su memoria llegaron las palabras de María: ¿estoy yo aquí, que soy tu madre? Fue entonces cuando la calma volvió en su alma.

Varraciones

Impaciencia

A Jesús yo lo idolatro
 ante Él sólo me postro
 bajo su amparo me acojo
 cabe su manto descanso.
 Con su nombre me levanto
 contra su imperio no puedo
 de bondad está forrado
 desde el principio del mundo.
 En Belén nació de pronto
 entre paja y poco obsequio
 hacia el cielo ya apuntaba
 hasta que sufrió el martirio,
 para vencer al demonio y
 por borrar nuestras culpas
 según dicen evangelios.
 Sin medida yo lo amo
 so pena cobró triunfo
 sobre todo yo lo amo
 tras Su amor quiero partir.

Desasosiego

Iban tomados de la mano, estrenaban su amor; la vista al piso
 ¡Sonaron las campanas! Poco a poco el templo se fue
 llenando. El sacerdote inició la misa y su ayudante le alcanzó el papel
 con el nombre del difunto. Lo leyó en un segundo y grandes gotas de
 sudor frío bañaron su frente. La secó minuciosamente y trató de
 mantener la calma. Hubiera querido no estar ahí; negarse a bendecir
 un cuerpo que una vez amó; pero no podía; los demás no tenían
 derecho a conocer su pasado, a pesar de que él conocía el de todos. Sé
 portó profesionalmente. Sólo su ayudante percibió el temblor de sus
 manos y el cambio de su voz. Rogó a Dios terminar pronto y cuando
 el cortejo partía, no pudo resistir la tentación de mirar aquél rostro tan
 querido que creía olvidado; al acercarse, el estupor lo envolvió
 súbitamente. No era ella, esa mujer de parecida edad era su
 homónima. Se sintió cohibido, una leve sensación de asco lo obligó a
 buscar con la mirada a un colega para confesarse. El daño estaba
 hecho. El pasado oscurecía su presente. Se sintió niño, buscó
 entonces la mirada de María, mas no la encontró porque ella
 permanecía cabizbaja. Levantó el rostro húmedo y el silencio de
 Jesús le dio consuelo; a su memoria llegaron las palabras de María:
 "¿No estoy yo aquí, que soy tu madre? Fue entonces cuando la calma
 penetró en su alma

Un camino

Leyó el aviso en el periódico y decidió arriesgarse. El sueldo era atractivo para tan poco tiempo. Sabía de antemano el peligro de los trabajos nocturnos, pero de las partes donde dejó solicitudes no había tenido respuesta alguna. Se arregló lo mejor que pudo, fue generosa en los empalmes del rostro, la fragancia y accesorio; al verse en el espejo, sonrió satisfecha porque le gustó su imagen. Abordó el camión, localizó un lugar vacío y se sentó. Casi en el acto se sintió observada, buscó al caballero que posaba su mirada en ella, pero no encontró a ninguno, sólo se topó con los ojos de una mujer que portaba un uniforme de empleada bancaria. La empleada la siguió observando con insistencia, y, al bajarse, también bajó con ella. Sobre la acera se miraron y sonrientes se tomaron de la mano. Hubo química, yo no lo sé, lo supongo, como diría Sabines, pero ellas muy creídas encontraron su camino.

Un instante

Iban tomados de la mano, estrenaban su amor; la vista al piso y después la mirada perdida. El enamoramiento hizo presa de ellos y se adueñó de sus vidas. Cada tarde callaban, y el silencio más los unía. Una tarde, repentinamente, un viento helado azotó sus rostros, ella tembló pero no de frío; algo flotaba en el ambiente que él no alcanzaba a percibir. Ella no pudo responder al rostro amado que la miraba embelesado, su corazón latía con inusitado ritmo. Un grito la sacó de su embeleso: ¡Agárrenlo! Un hombre corría como liebre y detrás de él, dos mujeres angustiadas. El enamorado no lo pensó dos veces, soltándose de la mano de su amada, corrió tras el fugitivo; ella quiso gritar que no lo hiciera, mas el instante fue tan fugaz, que antes de abrir los labios, ambos perseguidor y perseguido- habían desaparecido. El impacto de una bala resonó a la vuelta de la esquina; ella lloraba, no hubo necesidad de que la enteraran, ella lo supo desde antes, desde siempre: el amor no es duradero.

El intruso

Doña Leonor se dispuso a combinar sus tareas: la ropa a la lavadora, el puchero a la olla, la basura a la calle en respuesta al campanazo escuchado, y desde luego, el tendido de camas.

En el momento destinado al baño, con prisa escogió sus prendas y de un vuelo tomó su toalla preferida. De pronto pensó que esa semana sería diferente. Sonrió enigmática. Su marido, de paso al trabajo, dejaba al niño en el colegio y ambos no regresarían hasta cerca de las dos.

Mientras se enjabonaba sintió un estremecimiento al sospechar que no cerró la reja con candado, abrió más la llave para terminar cuanto antes e ir a cerciorarse. Salió con rumbo de la sala envuelta en la toalla y de golpe tropezó con el intruso.

- ¿Por dónde ha entrado? preguntó titubeante.
- Pues por la puerta, estaba abierta. -contestó el desconocido.
- Váyase o llamaré a la policía. -Ordenó con una voz entrecortada.
- Deme algo de valor y me iré sin hacerle daño, -propuso el malhechor.

Doña Leonor sacó un papel y le ofreció una pluma pidiéndole que le firmara lo que acababa de decir. Él sonriente lo hizo. Cuando tomó lo de valor la comenzó a golpear con desenfado y ante el reclamo de ella por no cumplir con lo pactado, el sujeto respondió con sarcasmo: -Le firmé con otro nombre.

La fiesta

Era el día del cumpleaños de Lolita. Todo estaba preparado porque era doble festejo: Pedro pediría su mano y fijarían la fecha de su tan esperado enlace. De boca en boca se supo que él tenía otro amorío, pero sus queridos padres dieron la espalda a tal chisme que nacía de la envidia. De todo el pueblito, sólo Pedro había cursado carrera, porque un tío de la capital lo llevó a estudiar allá.

Los meseros contratados no dejaban de limpiar y acomodar la vajilla, los cubiertos, los blancos centros de mesa, e incluso de amenazar a dos tres canes que asomaban sus cabezas queriendo participar. Lolita se pasó el día en el salón de belleza, "La esmerada", un salón que arreglaba a las novias, quinceañeras y concursantes de belleza, que por cierto siempre perdían, según el "alcalde" porque había trafiques, pero su esposa decía que porque les faltaba porte.

Comenzaba a atardecer y Lolita no aparecía. Llegó el novio con sus padres como el caso lo pedía y después de la petición, se brindó con vino dulce que era el recomendado para tales ocasiones. Cuando el padre llamó a su esposa y pidió ver a Lolita, se quedó boquiabierto al saber que no había vuelto. Algo refunfuñó, claro está que en voz baja, luego carraspeó y les dijo en son de broma a sus futuros parientes: -¡Mujeres! Siempre les gusta estar guapas en vez de estar al natural.

Algo se me cae, lo sentí; me agacho y la sorpresa me causa pavor: ¡camino sobre pinos verdes espolvoreados de escarcha! Me enderezo y llega la visión: mi cita con el destino. El sol combate con las nubes y uno de sus rayos luminosos me alcanza, me hace llorar, es mucho para mí: pinos, nieve, sol y nubes, a unos pasos de mí. Como Dante bajo la vista y me siento más pequeña de lo que soy. Doy gracias al Señor; loca de contento quiero volver a casa a contarle a todos, a escribir y describirlo, no quiero que se escape ningún detalle.

La angustia me sale al paso como lobo feroz y envidioso de mi suerte; no sé como bajar del pino donde estoy parada; pido ayuda divina y como si Dios mismo estuviera al paso sólo para ayudarme, capto que un transeúnte a la izquierda de mi vera, baja por unos escalones ocultos bajo la nieve. Lo sigo y desciendo jubilosa, no quiero que nadie interrumpa mi regreso; ante la grandiosa visión asocio los Alpes, los Apeninos, nuestros Andes; pienso en Jesús de quien se dice que es el Alfa, en el Ángel de mi Guarda, y en que es mi primera noche fuera de casa.

Un hombre, mi solícito hermano, me despierta. Ahora es el disgusto el que hace presa de mí. Mi imaginación quiere ver la verdad de esa experiencia onírica: ¿es un preludio de que me esperan vivencias hermosísimas, o quizás, que me acerque más al cielo donde todo es pureza y amor, o bien, que ya se acerca la hora del adiós definitivo? Realmente, no lo sé...



POEMAS

Y

NARRACIONES V

2003

